

cimiento del modo de construir las bóvedas (24), sus numerosas y espaciosas habitaciones, que Cortés con su entusiasta hipérbole, no vacila en asegurar era superior á todo lo que de su clase habia visto en España (25).

Anexos al edificio principal, estaban otros destinados á varios usos. Uno era la sala de armas que contenia estas, y los vestidos militares usados por los aztecas, colocado todo en el mayor orden y en disposicion de usarse al momento que se necesitase. El mismo emperador era muy diestro en el manejo del *Maquahuil* ó espada india, y tenia gran placer en presenciar los ejercicios atléticos y las mímicas representaciones de la guerra, ejecutadas por la noble juventud. Otro servia de granero, y algunos de almacenes para los diversos efectos con que habian contribuido los distritos que estaban obligados al sostenimiento de la casa real.

Habia tambien edificios dedicados á objetos enteramente diversos. Uno de ellos era una inmensa pajarera, en que estaban reunidas aves del mas hermoso plumaje traídas de todas las partes del imperio. Aquí se hallaba el cardenal de color de escarlata, el dorado faisán, la interminable familia de los papagayos con sus diversos colores predominando el verde, color regio entre los aztecas, y aquel milagro en miniatura de la naturaleza, el colibri que se recrea en vagar y extraer la miel del cáliz de las rosas, en los jardines de Méjico (26). Trescientos sirvientes atendian esta pajarera, y sabian la comida proporcionada á cada una de las aves que la habitaban, procurada muchas veces á gran costo; y en la estacion de muda, cuidaban de recoger el hermoso plumaje que con sus muchos y diversos colores ofrecia materiales al pintor azteca.

Un edificio separado estaba reservado para las aves de presa; las voraces tri-

(24) „Ricos edificios,” dice el Lic. Zuazo hablando de los que en lo general se veian en el Anáhuac, „excepto que no se halla alguno con bóveda.” (Carta, MS.) Este escritor hizo una cuidadosa y detenida observacion el año siguiente al de la conquista; y si se admite su aserto, se zanjará una cuestion muy agitada entre los anticuarios.

(25) „Tenia dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me pareceria casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas. E por tanto, no me porné en expresar cosa de ellas, mas de que en España no hay su semejable.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 111 (a).

(26) La descripcion que hace Herrera de estos insectos plumados, si así pueden llamarse, muestra los caprichosos errores en que aun hombres de saber han incurrido con respecto á las nuevas especies de animales descubiertas en América. „Hay en el pais algunos pájaros del tamaño de las mariposas, con largos picos y brillante plumaje, muy estimados por las curiosas obras que se hacen de ellos. Viven lo mismo que las abejas, de las flores y del rocío que en ellas se conserva, y cuando cesa la estacion de las aguas y comienza el tiempo de secas se pegan á los árboles por el pico y pronto mueren; pero el año siguiente cuando vuelven las aguas vienen otra vez á la vida.” Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 21.

(a) Cortés no habia visto la Alhambra de Granada, pero sin embargo bastaba haber visto el Alcázar de Sevilla, para no incurrir en esta exageracion.

bus de buitres y águilas de enorme tamaño, que se procreaban en las nevadas soledades de los Andes. No menos de quinientos pavos, la comida mas barata en Méjico, se consumian diariamente en la manutencion de estos tiranos de la raza plumada.

Contigua á esta pajarera estaba una casa para los animales feroces, tomados en las montañas, y aun en las remotas regiones de la tierra caliente. La ninguna semejanza de sus diversas clases, con las del Antiguo Mundo á las cuales ninguna de ellas era idéntica, confundió enteramente á los españoles en su nomenclatura, lo que ha sucedido tambien despues á los mas instruidos naturalistas. Aumentábase ademas esta coleccion con un gran número de reptiles, y serpientes, notables por su tamaño y venenosas cualidades, entre las que vieron los españoles la terrible „víbora de cascabel,” terror de los desiertos americanos (27). Las serpientes estaban encerradas en grandes cajas llenas de plumion ó plumas, ó en artesas llenas de lodo y agua; y los animales y aves de caza en jaulas bastante grandes para que pudieran moverse de un lado á otro, aseguradas con fuertes enrejados que daban libre paso al aire y á la luz. Todo estaba encargado á numerosos cuidadores que conocian el gusto de sus prisioneros y procuraban su comodidad y limpieza. ¡Con qué profundo interes el ilustrado naturalista de aquellos dias, por ejemplo, un Anglería ó un Oviedo examinaría esta magnífica coleccion, en que las varias tribus que vagan por los desiertos occidentales, las razas desconocidas de un mundo ignorado, eran todas presentadas á su vista! ¡Cuánto placer encontraria en estudiar las propiedades de estas nuevas especies, comparadas con las que producía su hemisferio, adquiriendo así alguna idea de las leyes generales que observa la naturaleza en todas sus obras! Los ignorantes soldados de Cortés, no se molestaron con especulaciones tan refinadas (a). Miraban el espectáculo que se les ofrecia con una vaga curiosidad no sin mezcla de horror; y cuando oian los terribles rugidos de los animales feroces y el silbido de las serpientes, casi se figuraban en las regiones del infierno (28).

No debo dejar de mencionar una extraña coleccion de monstruos humanos, pigmeos y otros entes desgraciados, en cuya organizacion se habia desviado caprichosamente la naturaleza de sus leyes ordinarias. Tan odiosas anomalías

(27) „Pues mas tenian,” dice el honrado Bernal Diaz, „en aquella maldita casa muchas víboras, y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que sueñan como cascabeles; estas son las peores víboras de todas.” Hist. de la conquista, cap. 91.

(a) Tampoco los soldados de ningun ejército moderno son naturalistas. Los de los ejércitos aliados cuando entraron en Paris, vieron las colecciones de animales del *jardín de plantas*, con los mismos ojos vulgares que los soldados de Cortés las de la casa de fieras de Montezuma.

(28) „Digamos ahora,” exclama el mismo capitán Diaz, „las cosas infernales que hacian, cuando bramaban los tigres y leones, y aullaban los adives y zorros y silbaban las sierpes, era grima oírlo, y parecia infierno.” Ibid., lug. cit.

eran miradas por los aztecas como una cosa necesaria para el boato de un gran señor; y aun algunas ocasiones, era segun se dice, el resultado de medios artificiales empleados por padres desnaturalizados, que deseaban proporcionar á su prole una colocacion segura en el real museo (29).

Alrededor de estos edificios estaban distribuidos extensos jardines llenos de fragantes arbustos y flores, y expecialmente de plantas medicinales (30). Ningun pais ha producido tantas especies de estas últimas como Nueva-España; y sus virtudes eran perfectamente sabidas por los aztecas, entre quienes puede decirse que la botánica medicinal se habia estudiado como una ciencia. En medio de este laberinto de perfumadas arboledas y plantíos de arbustos veíanse fuentes de agua pura, cuyos centellantes surtidores esparcian un fresco rocío sobre las flores. Diez grandes estanques bien provistos de peces ofrecian un retiro en sus márgenes á diversas tribus de ánsares, cuyos hábitos estaban tan cuidadosamente consultados, que algunos de esos receptáculos eran de agua salada, por ser la que mas les agradaba. Un pavimento de mosaico de mármoles, rodeaba los grandes estanques sobre los que estaban levantados ligeros y caprichosos pabellones que daban paso á la perfumada brisa de los jardines, y convidaban con una agradable sombra al monarca y á sus damas favoritas en el sofocante calor del verano (31).

Pero la residencia mas lujosa del emperador azteca en aquella estacion era el cerro de Chapoltepec, sitio que ademas estaba consagrado con el depósito de las cenizas de sus antepasados. Levantábase á la parte occidental de la capital, y su base en aquel tiempo, estaba regada por las aguas de Tezcucó. En su elevada cumbre de rocas de pórfido, subsiste todavia el magnífico aunque desierto palacio construido por el jóven virey Galvez á fines del siglo XVII (a). La vista que se disfruta desde sus ventanas es una de las mas hermosas en las cercanías de Méjico. El paisaje no está aquí desfigurado como en otras muchas partes, con blancos y estériles terrenos tan desagradables á la vista; sino que esta vaga por una extension no interrumpida de praderas y campos cultivados que ostentan ricas cosechas de granos europeos. Los jardines de Montezuma se prolongaban por millas alrededor del cerro. Una estatua de aquel monarca y otra de su padre, he-

(29) Ibid., ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 111-113.—Casta del Lic. Zuazo, MS.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 7.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11 y 46.

(30) Montezuma, segun Gomara, no permitia que se plantaran árboles frutales no considerándolos á propósito para jardines de placer. (Crónica, cap. 75.) Toribio dice con relacion á este punto. „Los indios señores no procuran árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos, sino árboles de floresta, de donde cojan rosas, y adonde se crien aves, así para gozar del canto, como para las tirar con cerbatana, de la cual son grandes tiradores.” Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 6.

(31) Ibid., lug. cit.—Rel. seg. de Cortés, ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11.

(a) Hoy está destinado á escuela militar.

chas en bajo relieve sobre pórfido, conservábanse allí hasta fines del siglo pasado (32); y el suelo es todavia sombreado por gigantescos cipreses de mas de cincuenta piés de circunferencia que habian vivido ya algunos siglos cuando se verificó la conquista. Este lugar es ahora un confuso desierto de arbustos silvestres, donde el mirto mezcla sus oscuras y lustrosas hojas con las encarnadas bayas y delicado follaje del pimiento. Seguramente no hay sitio mas á propósito que este para meditar sobre lo pasado; ninguno donde el viajero bajo de estos elevados cipreses cubiertos con el musgo de los años, pueda tan justamente reflexionar sobre el triste destino de las razas indias y del monarca que un tiempo disfrutó de banquetes cortesanos á la sombra de sus ramas.

El establecimiento doméstico de Montezuma participaba del bárbarico esplendor de todo lo que le rodeaba. Podia lisonjearse de tener las mismas mugeres que se encuentran en el harem de un sultan oriental (33). Ocupaban habitaciones separadas y tenian cuanto apetecian segun sus ideas sobre comodidad personal y limpieza. Pasaban el tiempo en las ordinarias ocupaciones de su sexo de tejer y bordar, expecialmente graciosos plumajes, para los cuales les proporcionaban ricos materiales las pajareras del rey. Se manejaban con el mas rígido decoro, bajo la vigilancia de ciertas mugeres de edad que desempeñaban el cargo de dueñas, de la misma manera que en las casas religiosas anexas á los teocallis. Habia en el palacio multitud de baños, y Montezuma mismo daba el ejemplo de frecuentes abluciones. Dícese que todos los dias se bañaba á lo menos una vez y cambiaba vestidos cuatro (34), no poniéndose nunca uno mismo dos veces, sino que los daba á los que le servian. La reina Isabel, con igual gusto por los trajes, mostraba un espíritu menos regio conservando los usados. Su guardaropa era probablemente algo mas costoso que el del emperador indio.

Ademas de esta numerosa comitiva femenil, los salones y antecámaras se hallaban llenos de nobles que acompañaban constantemente al monarca, sirviendo como de una especie de guardia de corps. Habia sido costumbre que los plebeyos de Méjico desempeñaran ciertos empleos del palacio; pero el altivo Montezuma rehusó ser servido por hombres que no fueran de noble nacimiento. Eran no pocas ocasiones los hijos de los principales gefes, y permanecian como en rehenes durante la ausencia de sus padres, contribuyendo así al doble objeto de seguridad y de aumentar la pompa con que vivia el emperador (35).

(32) Gama, critico competente y que las vió antes de que se destruyeran, elogia su ejecucion. Descripción, part. 2, pp. 81-83.—Página 85 de este tomo.

(33) No ménos que mil sí ha de creerse á Gomara; quien agrega la edificante noticia, „que hubo vez, que tuvo ciento y cincuenta preñadas á un tiempo.”

(34) „Vestíase todos los dias cuatro maneras de vestiduras todas nuevas, y nunca mas se las vestia otra vez.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 114.

(35) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.—Gomara, Crónica, cap. 67, 71 y 76.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 113 y 114.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 7.

„A la puerta de la sala estaba un patio muy grande en que habia cien aposentos de

Este comía solo, y el bien esterado pavimento de un gran salon se cubria con centenares de platos (36) que se conservaban calientes por medio de escalfadores. Algunas veces el mismo Montezuma, pero mas frecuentemente su mayordomo, indicaba los que él preferia (37). La lista de las viandas que componian la mesa real, comprendia ademas de los animales domésticos, los de caza de distantes selvas, y el pescado, que el dia anterior jugueteaba en el golfo de Méjico. Eran preparados de muy diversas maneras, pues los aztecas como se ha dicho otra vez, habíanse iniciado bastante en los misterios de la ciencia gastronómica (38).

El primer servicio era desempeñado por los nobles que despues cedian el honor de servir al monarca á doncellas escogidas por su belleza y gracias personales. Un biombo de madera ricamente dorado y esculpido se colocaba en torno suyo para ocultarle de la vista del vulgo durante la comida. Sentábase en un almohadon y servíase el banquete en una mesa baja cubierta con un mantel de finísimo algodón. Los platos eran del mas hermoso barro de Cholula. Tenia una vajilla de oro que se reservaba para las celebridades religiosas, pues ciertamente apenas habrian podido soportar sus cuantiosas rentas el uso ordinario de ella, cuando el servicio de su mesa no se le presentaba segunda vez, sino que se daba á los empleados del palacio. El salon estaba alumbrado por antorchas de una madera resinosa, que al arder exhalaba un suave olor y probablemente no poco humo. En la comida era acompañado por cinco ó seis de sus antiguos consejeros, que se mantenian en pié á una respetuosa distancia, contestando á sus preguntas y gustando una que otra vez algunas de las viandas de la mesa con que él los regalaba.

Este servicio de sustanciosos platos, era seguido por otro de postres y masas, para las cuales los cocineros aztecas, provistos de los importantes requisitos de

25 ó 30 piés de largo cada uno sobre sí en torno de dicho patio, é allí estaban los señores principales aposentados como guardas del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los cuales á la continua ocupan mas de seiscientos hombres, que jamas se quitaban de allí, é cada uno de aquellos tenian mas de treinta servidores, de manera que á lo menos nunca faltaban tres mil hombres de guerra en esta guarda cotediana del palacio." (Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 46.) Este autor hace una relacion muy curiosa y completa de la servidumbre de Montezuma, tal como la supo de los españoles que la vieron en todo su esplendor. Como que la historia de Oviedo aun permanece manuscrita, he copiado el capítulo original castellano en el apéndice, part. 2, núm. 10.

(36) Bernal Diaz, Ibid., lug. cit.—Rel. seg. de Cortés, ubi supra.

(37) „Y porque la tierra es fria, traian debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa, porque no se enfriase." Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 113.

(38) Bernal Diaz trae una descripcion de algunos de los artículos de la real lista. El primer servicio es bastante horroroso, nada menos que un guisado ó estofado de pequeños niños, „carnes de muchachos de poca edad." Sin embargo, confiesa que esto es algo apócrifo. Ibid, ubi supra.

la harina de maiz, huevos y la rica azúcar del aloe eran famosos. Dos muchachas colocadas en un ángulo distante de la sala hacian delicadas tortillas, con las cuales de tiempo en tiempo abastecian la mesa. El emperador no tomaba mas bebida que el chocolate compuesto con vainilla y otras especias, y preparado de tal manera que quedaba reducido á una espuma de la consistencia de la miel que gradualmente se disolvía en la boca. Esta bebida, si así puede llamarse, se servía en copas doradas con cucharas del mismo metal, ó de conchas de tortuga primorosamente trabajadas. El emperador gustaba mucho de ella, si ha de juzgarse por la cantidad de jarras ó pichelos que diariamente se preparaban para él, nada menos que cincuenta (39). Dos mil mas distribuíanse entre las personas de su familia y servidumbre (40).

El método general de la comida, no parece muy desemejante al de Europa; pero ningun príncipe de esta parte del mundo podía lisonjearse de que se sirviesen á su mesa frutas comparables á las que se presentaban en la del emperador azteca. Cortábanse en sazón de los mas opuestos climas; y su mesa ostentaba los productos de las regiones templadas y las deliciosas frutas de los trópicos tomadas el dia anterior en las amenas florestas de la tierra caliente, y conducidas á la capital por medio de correos con la velocidad del vapor. Era como si alguna bondadosa encantadora coronara nuestros banquetes con las fragantes producciones que el dia de ayer crecian en una ardiente isla del mas remoto de los mares índicos (a).

Despues de que quedaba satisfecho el real apetito, servíanle agua las doncellas en bandejas de plata, de la misma manera que lo habian hecho al comenzar la comida, pues en aquel tiempo eran los aztecas tan constantes en sus abluciones, como cualquiera nacion del Oriente. En seguida traíanse las pipas hechas de una madera barnizada y ricamente dorada, de las cuales absorbía unas veces por la nariz y otras por la boca el humo de la embriagante yerba llamada tabaco (41), mezclada con liquidámbar. Mientras que tenia lugar esta agradable fumigacion, disfrutaba el emperador las representaciones de los saltim-

(39) „Lo que yo vi," dice Diaz refiriéndose á sus propias observaciones, „que traian sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia." Ibid., cap. 91.

(40) Ibid., ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 113 y 114.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11 y 46.—Gomara, Crónica, cap. 67.

(a) El Sr. Prescott se deja arrastrar frecuentemente al romanticismo en sus descripciones, como sucede en la que hace de las frutas que se servían en la mesa de Montezuma, pues debe tenerse presente que antes de la conquista no habia ninguna de las frutas de Europa y Asia que se producen ahora con tanta abundancia en los climas templados, y aun de las de tierra caliente se carecia de varias, como las naranjas y los plátanos.

(41) „Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados, y dorados, y dentro traian liquidámbar, revuelto con unas yerbas que se dice tabaco." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.

bancos y juglares, que en número considerable servían en el palacio. Ningun pueblo ni aun el de la China ó el Indostan, excedía á los aztecas en los juegos de agilidad y destreza (42).

Algunas veces se divertía con sus bufones, que el monarca indio tenía lo mismo que el mas refinado soberano de Europa de aquellos tiempos. Acostumbraba decir, que mas instruccion adquiriase de ellos que de los hombres sabios, porque estos temían decir la verdad. Otras ocasiones presenciaba las graciosas danzas de sus mugeres ó se recreaba en escuchar la música, si los rudos instrumentos de los mejicanos merecen tal nombre, acompañada de cantos, de una pausada y solemne cadencia, que celebraba los heroicos hechos de los principales guerreros aztecas, ó los de la ascendencia real.

Luego que había solazado bastante su espíritu se disponía á dormir, pues la siesta le era tan necesaria como á un español. Cuando se levantaba, daba audiencia á los embajadores extranjeros, á los de sus ciudades tributarias, ó á aquellos caciques que tenían que exponerle alguna súplica. Eran introducidos por los jóvenes nobles que estaban de servicio, y cualquiera que fuese su rango, á menos que no fueran de sangre real, estaban obligados á sufrir la humillacion de cubrir sus ricos trajes bajo la manta burda de *nequem* y entrar descalzos y con los ojos inclinados al suelo á la presencia del soberano. El emperador dirigía pocas y breves palabras á los suplicantes, dignándose responder por medio de sus ministros; y aquellos se retiraban con el mismo respeto con que habían entrado, cuidando de llevar el rostro vuelto hácia el monarca. Con razon pues, exclama Cortés, que ninguna corte, tanto la del gran señor como la de cualquiera otro príncipe infiel, desplegó nunca tan pomposo y esmerado ceremonial (43).

Ademas de la multitud de empleados ya referidos, componíase la servidumbre real de una multitud de operarios, ocupados constantemente en la construccion ó reedificacion de los edificios, fuera de un gran número de joyeros y personas hábiles en trabajar los metales, que encontraban bastante quehacer en los adornos de las bellezas del harem. Los pantomimos y juglares imperiales, eran tambien muy numerosos, y los bailarines que pertenecían al palacio ocupaban cierto distrito de la ciudad destinado exclusivamente á ellos. La manutencion de este pequeño ejército que se componía de algunos miles de personas demandaba un gasto considerable, y exigía cuentas que para un pueblo sencillo debieron ser complicadas y difíciles. Sin embargo, todo estaba arreglado con el

(42) Los ejercicios de los juglares y volatines era una diversion favorita del gran Khan de China, como refiere Sir. John Maundeville. (Voyage and Travaille, chap. 22.—Los saltimbancos aztecas tenían tal reputacion, que Cortés envió dos de ellos á Roma para que divirtieran á su santidad el Sr. Clemente VII.—Clavijero, Stor. del Mexico, tom. II, p. 186.

(43) „Ninguno de los soldanes ni otro ningun señor infiel, de los que hasta agora se tiene noticia, no creo, que tantas, ni tales ceremonias en servicio tengan.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 115.

mejor orden, y las partidas de cargo y data se anotaban en la escrito-pintura del país. Los caracteres aritméticos eran de una clase mas convencional, y mas escogida que la de los destinados á objetos de narracion. Un departamento separado estaba lleno de pinturas geroglíficas, que presentaban un cuadro completo del sistema económico del palacio. El cuidado de todo estaba confiado á un tesorero que era una especie de mayordomo de la casa real, y que ejercía una clase de superintendencia sobre todo lo concerniente á él, cuyo importante empleo cuando llegaron los españoles, era desempeñado por un fiel cacique llamado Tápia (44). (a)

Esta es la pintura del interior del palacio de Montezuma, y su modo de vivir, tal como fué delineada por los conquistadores y sus inmediatos sucesores, quienes tuvieron los mejores medios para adquirir noticias sobre este punto (45); acaso muy exagerada por la inclinacion á ponderar que era natural en aquellos que presenciaban un espectáculo tan sorprendente á la imaginacion, tan nuevo é inesperado. He creído mejor presentar todos los pormenores por triviales que puedan parecer al lector, porque proporcionan una pintura curiosa de costumbres tan superiores en civilizacion á las de las otras tribus aborígenes del continente norte americano. No son ciertamente tan triviales si se reflexiona que en estos pormenores hallamos una medida mas cierta de su cultura, que en los de un carácter público.

Al examinarlos se recuerda la civilizacion del Oriente, no aquella refinada é intelectual que pertenece á los mas cultos árabes y persas, sino la que distingue, por ejemplo, á las razas tártaras, entre las cuales las artes y aun las ciencias han hecho algunos progresos adaptándolas á sus necesidades materiales y placeres sensuales, pero con poca referencia á los mas elevados y nobles intereses de la humanidad. Es característico de tal pueblo encontrar un placer pueril en un fausto brillante y ostentoso: equivocar el aparato con lo sustancial: la vana pompa con el poder: rodear el trono de un estéril y molesto ceremonial; la falsificacion de la magestad real.

Aun esto sin embargo era un progreso en la civilizacion, comparándolo con las rudas maneras de los primeros aztecas, cuyo cambio puede sin duda atribuirse á la influencia personal de Montezuma. En su juventud había templado las feroces costumbres del guerrero con la profesion benigna de la religion. En su edad madura se había retirado todavia mas de las brutales ocupaciones de la

(44) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.—Carta del Lic. Zuazo, MS., Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra.—Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 110-115.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 306.

(a) Este es el nombre que le dieron los conquistadores, que siempre ponían nombres españoles á los nativos con quien estaban en mas próximo contacto.

(45) Si el historiador hubiera descendido una sola generacion con el fin de buscar autoridades, hubiera encontrado material para un capítulo tan bueno como cualquiera de los de Sir John Maundeville ó de las Noches árabes.

guerra, y sus modales habian adquirido un refinamiento mezclado tal vez de una afeminacion que no conocieron sus marciales antecesores.

Tambien el estado del imperio bajo su reinado fué favorable á este cambio. La desmembracion del reino de Tezcucu en la muerte del gran Nezahualpilli, habia dejado á la monarquía azteca sin rival, y pronto extendió sus colosales brazos hasta los mas remotos límites del Anáhuac. El espíritu aspirante de Montezuma se excitó con la adquisicion de riquezas y poder, y manifestó el convencimiento de su nueva importancia tomando un aparato y ostentacion real no usada ántes. Afectaba una reserva desconocida á sus predecesores; ocultó su persona de las miradas vulgares, y extendió en torno suyo una esmerada y cortesana etiqueta. Cuando se presentaba en público que por lo regular era cuando iba al templo á tomar parte en el servicio religioso, lo hacia con todo el aparato regio y como hemos visto, exigia de su pueblo, el homenaje de adulacion digno de un déspota oriental (46). Su altivo porte ofendia el orgullo de sus mas poderosos vasallos, particularmente de aquellos que residiendo á alguna distancia se consideraban casi independientes de su autoridad. Sus exacciones para cubrir el pródigo gasto del palacio, esparcian la semilla del descontento; y al paso que parecia hallarse elevado el imperio al estado mas próspero y venturoso, habia consumido el cáncer la parte mas profunda de su corazon.

(46) „Referre in tanto rege piget superbam mutationem vestis, et desideratas humi jacentium adulationis.” (Liv., Hist., libro 9, cap. 18.) Las observaciones del historiador romano con referencia á Alejandro despues que quedó inficionado de las costumbres persas, convienen igualmente al emperador azteca.